

La epopeya de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San José de Suaita

PIERRE RAYMOND

Investigación gráfica: Pierre Raymond

INTRODUCCIÓN

El texto que a continuación se presenta es uno de los productos de una investigación¹ en curso sobre la historia de un original intento de industrialización nacido a comienzos del siglo pasado en el entonces muy aislado paraje de San José del municipio de Suaita (Santander). Sus gestores fueron los hermanos Caballero, emprendedores hacendados, dueños de más de cinco mil hectáreas de tierras en la hoya del río Suárez. El más famoso de ellos, Lucas Caballero Barrera (1869-1942), había sido general de la guerra de los Mil Días, firmante de la paz del Wisconsin y ministro de Hacienda del general Reyes antes de lanzarse a la aventura de construir paz y patria por medio de su contribución a la modernización industrial del país.

La primera fase de este proyecto, entre 1907 y 1912, se fundamentó en uno de los principales recursos de la comarca: la caña de azúcar. Así fue como se creó en San José uno de los primeros ingenios azucareros modernos del país, pronto acompañado de una destilería y una chocolatería.

Pero la región tenía más recursos para explotar. Era en ese entonces la principal productora de algodón y había tenido, antes de que entraran a competir los textiles ingleses, una próspera industria casera de lienzos. En 1912, se ampliaron las fábricas con base en el algodón y en una industrialización de esta tradición regional y se creó uno de los primeros y entonces principales establecimientos textiles modernos del país. La inversión se hizo posible hipotecando las tierras de San José a capitalistas belgas y franceses, los cuales no demoraron en apartar a los colombianos de la administración de la fábrica.

Finalmente, el aislamiento, la mala administración y las múltiples pugnas internas entre accionistas de la empresa no permitieron que ésta prosperara. El texto que aquí se presenta es un avance de la investigación sobre la historia de la Fábrica de Hilados y Tejidos de San José de Suaita, así como sobre el contexto en el cual pudo surgir².

LA TRADICIÓN ALGODONERA DE LOS GUANES

La región de San José de Suaita se encuentra en el límite sur de lo que fue, antes de la Conquista, el territorio del grupo indígena guane. Debemos a Juan de Castella-

Página anterior:

Las fábricas de San José de Suaita. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

1. Las principales fuentes de información para la redacción de este trabajo se encontraron en el archivo de la fábrica de San José de Suaita, actualmente propiedad de la Fundación San Cipriano, la cual muy amablemente favoreció su consulta, así como en el Archivo General de la Nación. La revisión del archivo de San José se realizó con la ayuda de Elisabeth Mesa (Fundación San Cipriano), Claudia Avendaño, Sylvia Rodríguez, Ana María Torres (Universidad de los Andes) y Angélica y Rafael Díaz (Universidad Industrial de Santander). Se agradece en estas dos universidades el apoyo de Carlos Dávila y Amado Guerrero. Igualmente al abogado Álvaro Pava Vargas su paciente asesoría sobre aspectos jurídicos y contables. Una labor de investigación de nuevas fuentes se realizó en Bogotá inicialmente con la colaboración de Sylvia Rodríguez y Andrea Velasco. Se agradecen las observaciones y correcciones de Ángela Núñez y María Cristina Salazar.

2. Otro avance de este trabajo se plasmó en el "Museo del algodón y fábricas de San José de Suaita", inaugurado en marzo

continúa



Edificio del molino de trigo en construcción. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

nos (1570) una somera descripción del atuendo de esta etnia: “Ropaje de telas de algodón, que van tejidas con hilos variados en colores; con una se rodean la cintura, y otra que de los hombros va pendiente al izquierdo trabada con un nudo dado con los extremos de la manta”.

La tradición textil de los guanes se ha podido conservar gracias a las condiciones de sequía de las sepulturas realizadas en la Mesa de los Santos y las técnicas de momificación utilizadas. En las cuevas llamadas de los Indios, del Conde y del Duende se han encontrado muchos fragmentos textiles. La mayoría de éstos se conservan en el Museo Casa de Bolívar, en Bucaramanga. Además de mantas, incluyen gorros, mochilas, hamacas y fajas para cargar niños. Algunos son hechos en telar; otros utilizan una técnica de anudado (macramé).

La principal fibra utilizada por los guanes era el algodón. Pero se encuentran además lana de balso, fique y cabello humano. Los efectos decorativos se obtenían con diseños tejidos a partir de hilos previamente teñidos o pintados sobre la tela terminada. Los colorantes provenían de plantas como la chica, el añil, el palo brasil, el achiote y otras.

Un gran comercio de algodón se realizaba entre los guanes y los pobladores de las tierras frías de los territorios de los muiscas, en mercados ubicados en los sitios que hoy conocemos como Sorocotá, Moniquirá y Saboyá.

de 2006 en el corregimiento de San José de Suaita (Santander). Allí se pueden observar seis máquinas textiles, realizar un recorrido histórico por medio de veintidós paneles y recibir explicaciones técnicas sobre el funcionamiento de la fábrica textil (siete paneles). Se exponen en diez vitrinas objetos y documentos provenientes de la fábrica. Otros documentos y artefactos se presentan sobre cinco mesas y adheridos a las paredes del museo.

TEXTILES Y ALGODONES DE LA COLONIA

Los españoles llegan a América con su propia tradición textil. Los aspectos algodoneros de estas técnicas son de origen asiático. Fueron transmitidos a la Península Ibérica por los árabes. Traen nuevas variedades de algodón, el “molino de despepar” (o sea, la desmotadora manual), la rueca y el telar horizontal. Estas novedades coexisten con las técnicas indígenas preexistentes. Los encomenderos imponen en el territorio de los guanes el tributo en telas de algodón. Parte de éstas se comercia en todas las provincias del Nuevo Reino; otra se exporta a España.

Con base en este acervo, en los siglos xvii y xviii, el Socorro se convirtió en el centro de la región textilera más próspera del Nuevo Reino. Pedro Fermín de Vargas (c 1800) comenta al respecto: “Los lienzos bastos que se fabrican en la Villa del Socorro y San Gil son llevados a Antioquia, Popayán, Neiva, Mérida, etc. y es el único renglón por donde entra algún dinero en dichos lugares”. Agrega que en los distritos de Vélez, el Socorro, San Gil y Girón “los habitantes viven gustosos. Atribuyo esta diferencia a la fábrica de lienzos que asegura el sustento al tejedor, a la hilandera y al labrador que siembra el algodón, que le es su verdadera mina”. En todas las casas de la región se encuentran molinos de despepar, telares, husos o ruecas.

Sin embargo, hacia el final de la Colonia, empieza a hacerse sentir la presión de la competencia de las telas extranjeras. Esto justifica las medidas de protección y de represión del contrabando. Ordena el rey “que no se admita comercio, ni se permita introducir en mis dominios los tejidos de algodón con pena de decomiso del género, carruaje y bestias” (*Relación de mando*, 1771, Archivo General de la Nación).

DECADENCIA DE LA INDUSTRIA CASERA DE LIENZOS EN EL SIGLO XIX: EL CONTEXTO ECONÓMICO E IDEOLÓGICO

En el siglo xix, florece la industria textil en el Reino Unido. Se realizan enormes avances en la productividad. Las máquinas de vapor reemplazan la fuerza de los brazos y de los animales. Una sola máquina de hilar, aun la primitiva *mule Jenny* (1779), reemplaza de diez a más de cien hilanderas, y no necesita sino un solo operario. En 1785 se inventa el primer telar mecánico, y en 1806 se inaugura en Mánchester la primera fábrica textil totalmente movida con vapor. Si a esto agregamos la reducción del costo del transporte trasatlántico con el desarrollo de los barcos de vapor, están dadas las condiciones para una arrolladora invasión de los textiles ingleses. Tal como lo analiza Miguel Samper (1880), “el obrero inglés que vigila el movimiento de quinientos husos habrá hecho en un rato la obra de dos semanas que ha empleado nuestra hilandera”.

Esta invasión se facilitó por la actitud asumida por muchos dirigentes políticos de la época, los cuales optaron por no proteger la industria nacional. El liberalismo “radical” de la época adhiere a la llamada “escuela manchesteriana”; es decir, a la moda de Mánchester, símbolo de la industria inglesa triunfante. Representante típico de esta escuela de pensamiento: Florentino González, santandereano oriundo de Ocamonte. Escribió al respecto que en Colombia

se mantiene a una parte de la población en la ocupación improductiva de manufacturas montadas sin inteligencia. La riqueza no se obtiene sino produciendo cosas que se puedan vender con utilidad como nuestros tabacos, nuestros azúcares, nuestros añiles, el café, el cacao, el algodón, las maderas preciosas, el oro, la plata, y el cobre de nuestras minas, que se llevan a vender al mercado inmenso y rico de Europa. Y no fabricando aisladamente y sin máquinas lienzos u bayetas que se han de vender a la miserable población indígena del país. [González, 1848]

En fin: exportar productos naturales y agrícolas para poder comprar productos industriales: hundir al país en lo que hoy se llama el subdesarrollo... Una receta bien conocida que no ha dejado de tener sus incondicionales adeptos.

DECADENCIA DE LA INDUSTRIA CASERA DE LIENZOS EN EL SIGLO XIX: LA SITUACIÓN EN SANTANDER

Así se fueron acabando durante el siglo XIX y comienzos del XX la mayor parte de las artesanías nacionales, y especialmente la actividad casera de fabricación de lienzos, antaño pujante en Santander.

Ya en 1823, la situación no es halagüeña. El viajero francés Gaspard Théodore Mollien (1824) relata que

se cuentan en el Socorro cerca de doce mil habitantes. En cada rancho, en cada casa, todos se ocupan en hilar, tejer o teñir; por todas partes se ven telares. Las telas que se tejen son toscas, aunque durables; a pesar de que se les prefiere en las otras provincias a los tejidos de algodón extranjero cuando el precio es el mismo, los obreros son pobres; en efecto, una hilandera no gana ni un real por día, una pieza de algodón de 64 varas no deja al tejedor una ganancia ni siquiera de siete reales. Sólo el comerciante se enriquece; lleva los textiles del Socorro a cambiarlos por oro y tabaco en Girón, por cacao en Cúcuta, por sal y tejidos ingleses en Zipaquirá.

Y estos tejidos ingleses van reemplazando poco a poco el lienzo de la tierra: “Antes, sólo la gente acomodada usaba telas europeas. Hoy, las telas extranjeras están reemplazando a las telas nacionales” (Camacho Roldán, 1923).

A pesar de todo, la población sigue aferrándose a esta artesanía: para los pobres, cualquier ingreso, aunque mediocre, así no remunere plenamente sus esfuerzos, no deja de ser necesario. Un estudio realizado en el vecino municipio de Charalá indica que “en 1869, 47% de la población económicamente activa se dedicaba a la producción artesanal, esencialmente representada por el trabajo del algodón. En 1912, todavía 18% de la población activa estaba ocupada en quehaceres textiles” (Raymond y Bayona, 1982).

El gobierno departamental anhela superar esta situación de decadencia. Expide el 22 de abril de 1899 un decreto de apoyo al cultivo del algodón y a la industria algodонера: “Para el pueblo de Santander, sería económico, a la vez que honroso, vestirse con telas que salieran de sus propios telares, puesto que éstas son de superior calidad a las mejores que vienen del extranjero y de precio reducido. Un vestido de tela del país vale menos que la tela extranjera y equivale en duración a dos de ésta”. Lamentablemente, la guerra de los Mil Días no permitió ni siquiera iniciar la aplicación de estas decisiones.

EL CULTIVO DEL ALGODÓN EN LA HOYA DEL RÍO SUÁREZ

La técnica del cultivo del algodón en la región tiene rasgos que se remontan a las tradiciones indígenas. En particular, por haberse cultivado en la modalidad del “cultivo asociado”: es decir, entremezclando varias plantas en una misma parcela. En el caso nuestro, el algodón se cultivaba junto a la caña y los cultivos de pancoger, maíz, yuca, arracacha, fríjol y otros. Se consideraba un cultivo riesgoso por su



La represa de la Meseta: alimentaba el acueducto de la fábrica y la primera planta hidroeléctrica. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

fragilidad y la inestabilidad de los precios y los campesinos confiaban más en la alimentación que brindaba la labranza que en los inciertos ingresos de los cultivos comerciales. Esto lo había perfectamente captado la aguda inteligencia de Lucas Caballero Barrera: “Los agricultores miran la industria del algodón como recurso colateral de plantaciones de maíz y caña” (*Bancarrotas nacionales*, 1899). Este “cultivo asociado”, lejos de ser una forma atrasada de producción, es una técnica bien adaptada a las condiciones del trópico. Después de haber sido despreciada por la agronomía productivista, la están retomando la agroecología y la agricultura orgánica.

Cuando la Fábrica de Hilados y Tejidos de San José de Suaita inicia sus labores, la hoya del río Suárez es considerada, junto con la costa atlántica, como una de las dos regiones más productoras de algodón en Colombia, a pesar del papel secundario concedido a este cultivo en la labranza tradicional.

En 1926 una misión algodonera inglesa estimó que el algodón regional tenía un futuro promisorio. El jefe de esta misión escribió en su informe que

en Boyacá y Santander, puesto que los salarios son razonables, esperamos buenos resultados de nuestra visita a esta región. Por cierto, se podría argumentar que actualmente estas zonas están casi desvinculadas de los mercados mundiales, sin embargo no demorarán en estar conectadas con el bajo río Magdalena por medio de una vía carretable, lo que establecerá una comunicación rápida y económica con el mundo externo.
[Pearse, 1926]

Agregó en otro escrito que “la mejor perspectiva para el desarrollo del algodón se encuentra en los departamentos de Boyacá, Santander y Antioquia, y quizá en el Valle del Cauca” (*Revista de Industrias*, núm. 23, abril de 1926).

Se considera generalmente que el algodón regional es de muy buena calidad. El director general de la Sociedad Industrial Franco-Belga opina que “el algodón



El edificio de las primeras fábricas hacia 1910: albergaba la chocolatería y el ingenio azucarero. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

que se da en esta región tiene alta calidad textil” (Paul Fincœur, “La industria textil del algodón”, en *Revista de Industrias*, núm. 67, diciembre de 1929). La variedad predominante en la región es la llamada “lengupá” (*Gossypium barbadense*, variedad: *vitifolium* A. Dugand), la cual es de fibra corta.

LA DECADENCIA DEL CULTIVO DEL ALGODÓN REGIONAL

La misión algodонера de Arno S. Pearse presintió que la topografía montañosa de la hoya del río Suárez podría oponerse a la modernización del cultivo por medio de la mecanización, lo que, efectivamente, llegó a ser el principal obstáculo al desarrollo algodonero regional. De hecho, en 1931, el algodón no ocupa sino un “lugar secundario” en la agricultura santandereana, tal como lo reseña Valderrama Benítez (1931): “Se ven plantaciones en las provincias de San Gil, Socorro y Vélez. La producción alcanza 1.250.000 kilogramos, de los cuales una pequeña parte la consumen los telares manuales y el resto las fábricas de hilados y tejidos de San José de Suaita y Samacá. La extensión de los terrenos cultivados se puede calcular en 2.500 hectáreas”.

En 1945, lo que queda del algodón regional se procesa en ocho desmotadoras repartidas entre Suaita (dos), Santana (una), Güepsa (dos), Socorro (dos) y San Gil (una). Las semillas se mandaban a una fábrica de aceites en Barbosa, causando así una escasez de semillas que aumentó el retroceso del cultivo. Si bien la variedad predominante, el algodón “lengupá”, de fibra corta, estaba adaptada a la demanda de la fábrica de San José de Suaita, no corresponde a los requerimientos de la industria nacional, la cual exigía fibras medias y largas. Sin embargo, no se manifestó la menor preocupación por renovar las variedades cultivadas.

Este conjunto de factores hizo que la producción nacional se fuera desplazando hacia el Tolima y la costa atlántica. En 1937, Boyacá y Santander ya no representaban sino el 18% de la producción algodонера nacional, y en 1959, el 0,36%... En 1980 desaparece la Cooperativa Algodonera del Socorro, fundada en 1945, y última compradora del algodón regional.



Los fundadores junto con los trabajadores de las primeras fábricas hacia 1910. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

Extrañamente, ni la Sociedad Industrial Franco-Belga ni la Fábrica de Hilados y Tejidos de San José de Suaita S. A. realizaron esfuerzos para fomentar con seriedad el cultivo regional, ni tampoco lo cultivaron en sus propias fincas. En estas condiciones, la producción regional nunca fue suficiente para las dos textileras (Samacá y San José), que se pelearon durante medio siglo el algodón de la hoya del río Suárez y de la región de Miraflores. Se presentaron hasta lamentables hechos de sangre en esta competencia entre los compradores. La fábrica de San José tuvo que completar su abastecimiento de algodón en Perú, Brasil, Paraguay y Estados Unidos de América. En 1962, la fábrica de San José dejó de comprar algodón regional, firmando así la sentencia de muerte de este cultivo en Boyacá y Santander.

LOS CABALLERO: SOÑADORES HOMBRES DE ACCIÓN

Los fundadores de las fábricas de San José fueron cuatro hermanos: Lucas, Julio César, Alfredo y Carlos Alberto Caballero Barrera. Eran los hijos varones de César Caballero Echavarría, gran hacendado suaitano. Sus hermanas Paulina y Magdalena no participaron de estos proyectos.

El verdadero líder del clan familiar fue Lucas. Él tuvo muchos cargos públicos de importancia. Abogado de formación, fue uno de los dirigentes de la revolución liberal durante la guerra de los Mil Días, y luego uno de los firmantes de la Paz del Wisconsin. Más adelante fue un gran adalid de la reconciliación nacional, ministro de Hacienda del general Reyes, varias veces representante a la Cámara, miembro de la Junta Directiva del Banco de la República y cofundador del Banco Agrícola Hipotecario, embajador, presidente del partido liberal...

Creía, como el general Reyes, que la modernización por medio de la industrialización alejaría el país de las agotadoras guerras civiles. Retoma el deseo expresado en el decreto de 1899 del gobierno departamental. Su hijo Eduardo describe en los términos siguientes el ambiente en que desarrolló sus proyectos: "Nacimiento de



Vista general de las fábricas hacia 1910. Fotografía de Beatriz Caballero Holguín.

la era industrial: una nueva generación hastiada de la guerra resuelve transformar la anticuada estructura de una sociedad todavía colonial: lucha contra tradiciones y prejuicios; triunfo del hombre de empresa sobre el terrateniente, de lo contemporáneo sobre lo antiguo, de papá sobre mi abuelo, etc., etc.” (Eduardo Caballero Calderón, 1964).

Los cuatro hermanos fundamentaron sus ambiciones comerciales e industriales sobre sus bienes raíces. Estos bienes constan de “5.000 hectáreas de tierras forestales, 800 de praderas, y 600 de cultivos, corrientes de agua, cercas, usos y servidumbres” (archivo de la fábrica, 1912). Empiezan sus actividades con exportaciones de café, caucho, cueros de res y pieles de cabra, en asocio con una sociedad comercial de Londres, Pinto, Leite and Nephews. Realizan sus compras con los dineros obtenidos por un primer préstamo hipotecario sobre la hacienda de San José.

PRIMERA FASE DEL PROYECTO AGROINDUSTRIAL DE SAN JOSÉ DE SUAITA Y CREACIÓN DE LA SOCIEDAD CABALLERO HERMANOS

Pero Lucas Caballero no quiere limitarse a estas actividades comerciales. Sueña con hacer de San José de Suaita un polo de desarrollo agroindustrial, basándose en las vivencias experimentadas al realizar numerosas visitas a países industrializados. Decide finalmente, con quijotesca ambición, contribuir desde su hacienda a la tarea de renovación y modernización nacional. Escribe durante la maduración de su proyecto:

Siempre me ha dominado el empeño de desviar hacia mi país un hilo siquiera de la poderosísima corriente de capitales que de los centros financieros va a fecundar las industrias del mundo entero. Conozco la postración del país, me duelo y aun me avergüenzo de su atraso y procuro en la medida de mis fuerzas hacer algo por su mejora y su progreso. Después de haber tomado parte en las luchas internas del país para servir ideales de republicano y de patriota; con el sentimiento y la

conciencia de la esterilidad de este eterno batallar, tuve ocasión de hacer extensos viajes por un gran número de naciones de América y Europa; en mi ánimo se impuso la certidumbre de que la paz y la inmigración de capitales pueden cumplir en mi patria una transformación tan rápida como la que se ha operado en otros países de América Latina que hoy gozan de los bienes de una civilización muy avanzada. En el año 1905 estuve largo tiempo en los Estados Unidos y en Europa con el interés y la ilusión de comprometer capitales para empresas en Colombia.

[Caballero Barrera, 1910]

En 1907, se construye un ingenio azucarero en San José. Ya no se trata de producir el tradicional pan de azúcar en las antiguas hormas de barro. Lo que se edifica en San José es uno de los primeros ingenios modernos del país, con caldera de vapor, dos evaporadoras al vacío y dos centrífugas para la producción de azúcar en polvo. El trapiche lo fabrica Penagos en Bucaramanga y la asesoría técnica la suministra el ingenio de Tirlemont (Bélgica). La energía proviene de una planta eléctrica de quinientos caballos que aprovecha la caída de agua de la meseta que domina las tierras de San José.

En 1908, los hermanos Caballero fundan la Sociedad Colectiva de Comercio Caballero Hermanos. Ésta tendrá por fin “explotar las empresas industriales establecidas por los otorgantes en la referida hacienda de San José consistentes en fábricas de azúcar, cacao y alcohol; en plantaciones agrícolas, cría y ceba de ganados y el de negociar en compra y venta de toda clase de semovientes” (Notaría segunda de Bogotá, escritura 1449 del 18 de septiembre de 1908). Como se puede apreciar, después del ingenio, las fábricas de San José se ampliaron con la instalación de una chocolatería y una destilería.

EL PROYECTO TEXTIL DE 1912 Y LA CREACIÓN DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL FRANCO-BELGA

El éxito de las primeras instalaciones llevó a que Caballero Hermanos ambicionara ampliar las fábricas para aprovechar plenamente el potencial agrícola regional. Ya que la provincia era algodonera, no faltaba sino una industria textil. Así fue como nació el proyecto de buscar recursos para una empresa textil en San José. Además, se decidió instalar un molino de trigo, idea algo extraña en una región que nunca había cultivado este cereal.

Lucas Caballero utiliza sus contactos con Lionel Hagenas, un intermediario financiero belga radicado en Nueva York, donde representaba a la sociedad Pinto, Leite and Nephews. Lionel Hagenas elabora un montaje financiero implicando bancos belgas y franceses, y el 21 de mayo de 1912 se crea en Amberes (Bélgica), una sociedad cuya razón social en Colombia sería Sociedad Industrial Franco-Belga. “A finales de 1911, Lionel Hagenas anunció a Caballero Hermanos que había comprometido a un grupo de capitalistas europeos a realizar la proyectada instalación de una fábrica de hilados y tejidos” (carta del 7 de septiembre de 1944 de Jesús María Marulanda a Félix García Ramírez. Archivo General de la Nación).

Los fundadores son Lucas Caballero, como representante de Caballero Hermanos, un banquero francés de alto vuelo, Jacques de Neufelize, así como varios industriales, empresarios y banqueros belgas y franceses. Los bancos implicados fue-



Vista general de las fábricas y casa de hacienda hacia 1930.

ron la Banque de Reports de Fonds Publics et de Dépôts (de Bélgica) y la Caisse Générale de Prêts Fonciers et Industriels (de Francia).

La compra de los equipos y la construcción de los edificios se hacen posibles por un préstamo hipotecario de tres millones de francos. Este préstamo se acompaña de condiciones muy drásticas que los Caballero tuvieron que aceptar, confiando en que la suerte de la fábrica compensaría con creces los sacrificios consentidos. Además de intereses del 8% anual y de una comisión en efectivo de 0,5% sobre el valor del préstamo, los Caballero firmaron el convenio siguiente:

Los suscritos Caballero Hermanos reconocen al Banco a título de Comisión 2.400 acciones (de las 5.992 que les corresponden) de la Sociedad Industrial Franco-Belga. Remitirán al Banco la totalidad del saldo de acciones de la Sociedad Industrial Franco Belga que les han sido atribuidas en remuneración de sus aportes. Estos títulos no serán restituidos a los suscritos Caballero Hermanos sino después del reembolso íntegro de la totalidad de las obligaciones hipotecarias. Dan al Banco de modo absoluto e irrevocable el derecho de votar por las dichas acciones. [Convenio del 21 de mayo de 1912 entre la Banque de Reports y Caballero Hermanos, Archivo General de la Nación]

En 1914, ceden novecientas acciones más, imposición ésta que acompaña un nuevo préstamo por un millón de francos.

LA EPOPEYA DE LA CONSTRUCCIÓN DE LAS FÁBRICAS

El aislamiento de San José de Suaita, ubicado en una región desprovista de vías de comunicación, representó un enorme obstáculo para el buen desarrollo del proyecto fabril. De manera general, Colombia adolecía en ese entonces de malas vías de comunicación. Santander estaba aún peor librado, por los desangres de las guerras civiles y debido a que estuvo sometido en el siglo XIX a la ideología del radicalismo liberal que rehusaba la realización de inversiones públicas.

El mapa muestra la ruta que debió seguir el envío de equipos a partir de su llegada a Colombia, una vez realizada la travesía de Nueva York a Cartagena. Canal del Dique, vapores del Magdalena, ferrocarriles de Calamar, La Dorada, Girardot y la Sabana fueron utilizados como medios de transporte. Pero en 1912, el ferrocarril tan sólo llegaba hasta Nemocón. Entonces, entre este pueblo y el embarcadero de la laguna de Fúquene y entre el desembarcadero de Saboyá, sobre el río Suárez y San José de Suaita, el transporte se hizo a lomo de mula y, para los equipos más pesados, arrastrándolos con bueyes sobre parales de madera. El trayecto entre Fúquene y Saboyá se hacía en balsas. Algunas zozobraron, y otros envíos sufrieron saqueos y daños en los nueve transbordos que se presentaban entre Cartagena y San José. Hubo que volver a comprar en los Estados Unidos los equipos así perdidos o averiados...

El envío principal salió de Nueva York en julio de 1913. Se componía de 4.430 bultos, 2.594 cajas, 1.032 atados de hojas de acero y 22 cuñetes de clavos. ¡Fenomenal y costosa romería!

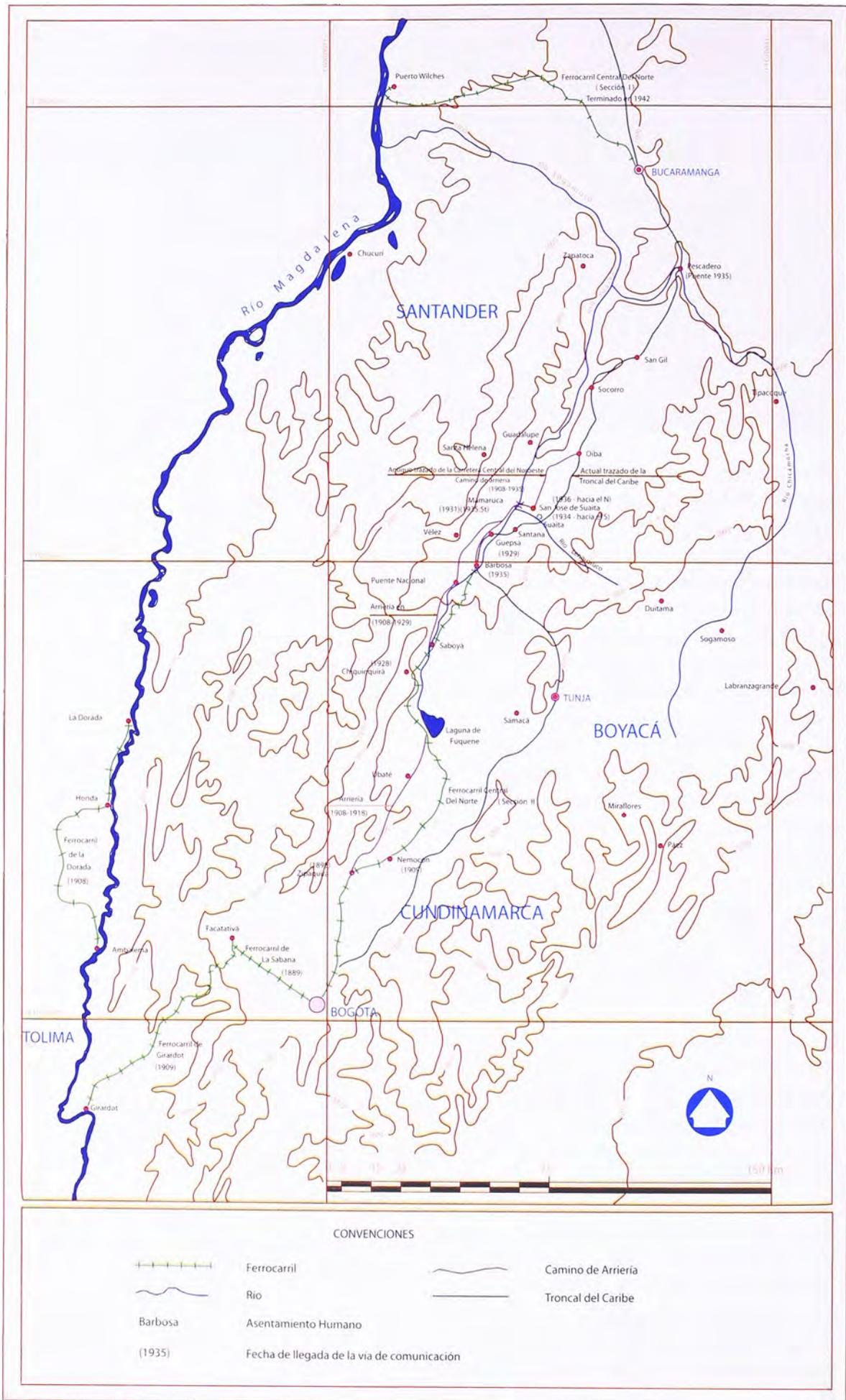
El resultado fue una gran lentitud en el montaje definitivo de la fábrica y considerables sobrecostos. Así, entre el día en que se realizó el préstamo y la llegada de los primeros equipos a San José transcurrieron diecisiete meses. Mientras tanto corrían los intereses de los préstamos y no se producía todavía nada nuevo, aparte del azúcar, chocolate y licores de siempre. Peor aún: la hilandería empieza a funcionar 38 meses después de otorgado el préstamo, y los primeros telares, un mes después. ¡Y son apenas cuatro telares!

Esto obligó a la Sociedad Industrial Franco-Belga, en julio de 1914, a pedir otro préstamo por un millón de francos, para poder terminar la instalación de las fábricas. Escribe Alfredo Caballero, uno de los hermanos de Lucas que “la extinción del capital girable determina la necesidad urgente de un aumento de capital” (carta del 5 de julio de 1913, archivo de la fábrica). Es cuando ocurre la cesión a los bancos de una comisión de novecientas acciones adicionales.

LA FÁBRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE SAN JOSÉ DE SUAITA Y EL PROBLEMA DEL TRANSPORTE

El transporte fue de manera constante el principal obstáculo para el desarrollo de la fábrica de San José de Suaita. En 1912, esta región se comunica con el resto del país sólo por caminos de herradura. Así es como los problemas de arriería fueron el principal cuello de botella de un proyecto industrial moderno. Creó problemas para su construcción, su abastecimiento en materias primas y los despachos de mercancías. Todavía veinte años más tarde, los inconvenientes de la arriería le causan problemas a la fábrica, como lo revela una carta del director general, Léon Van der Math, al director comercial, Hans Oberle: “Cada envío de telas que llega a Bogotá incluye 5 o 6 piezas de tela manchadas de sangre [de las mulas] y de barro” (3 de agosto de 1932, archivo de la fábrica).

El ferrocarril llega hasta Barbosa en 1935, y este mismo año, la carretera central del noroeste (la que hoy llaman troncal del Caribe) alcanza San José. Pero el puente de Mamaruca, paso obligatorio de los camiones, está limitado a una carga de cinco toneladas. El texto siguiente da una idea de la precariedad de esta obra:



Mapa del transporte y su evolución.

El puente de Mamaruca se montó por primera vez entre 1911 y 1913 trayendo las estructuras metálicas del Reino Unido, pero una creciente del río Suárez lo destruyó poco después. En 1935 (después de una reconstrucción en 1926) el Ministro de Obras Públicas indica que se realizó “una adaptación del puente Colgante de Mamaruca para el paso de vehículos automotores”. Éste era un puente colgante de 40 metros de luz, en muy mal estado y débil aún para camino de herradura. Se reforzó con cables nuevos, péndolas y vigas de hierro transversales de modo que quedó con la anchura, rigidez y resistencia suficientes para el tránsito de camiones hasta de 5 toneladas de peso total. [Raymond, 2003]

En 1936, se completa la conexión con Bucaramanga, con la construcción del puente del Pescadero.

UNA HISTORIA ACOMPAÑADA DE CONFLICTOS ENTRE LOS DUEÑOS

De la fundación a la eliminación de los Caballero

El idilio entre los hermanos Caballero y los europeos fue de muy corta duración. Por un lado, los Caballero, con el fin de vender su proyecto, inflaron sus perspectivas económicas. Por otro, los europeos no realizaron estudios de las condiciones reales de la región (no hicieron lo que hoy se llamaría un estudio de factibilidad), a pesar de haber tenido en Colombia un hombre de confianza, Gérard de Langle, representante de Lionel Hageners en Colombia. En 1913, ya escasean los recursos; en 1914, se realiza el segundo préstamo; surgen enfrentamientos entre los Caballero y Gérard de Langle. Una carta de Lucas Caballero a Lionel Hageners enfatiza que “este sujeto no puede convenir en que los empleados que están al servicio de la Empresa se porten con la dignidad de hombres libres y de honor y no de sirvientes de que no se encuentran ejemplares en Colombia” (15 de marzo de 1915, archivo de la fábrica).

Finalmente, los franco-belgas expulsan a los Caballero de la administración de la fábrica; se presentan demandas en Bogotá y Nueva York; se intercambian palabras fuertes. Lionel Hageners tacha la empresa de “sociedad moribunda”. Lucas Caballero describe a su ex amigo como “nuestro agresor”, un hombre “de una codicia incolmable”, y declara que “la agresión pecuniaria y moral con que Hageners amenazó confundirnos tiene caracteres monstruosos” (*Demanda y alegatos de conclusión de Caballero Hermanos en el juicio promovido por ellos contra los señores Pinto, Leite and Nephews y Lionel Hageners and Company*, 1918).

La época del reinado franco-belga

La fábrica tendrá una vida más bien letárgica durante muchos años. Después de haber representado en 1916 alrededor del 10% de la capacidad de producción textil nacional, la fábrica de San José pierde importancia, mientras los industriales antioqueños se apoderan con gran dinamismo del mercado de telas. Los europeos, que la administran solos, ya no creen que la fábrica tenga futuro. Vimos que, en 1920, Lionel Hageners la califica de “moribunda”. Envían un personal de segunda categoría para dirigirla. Acaban en 1917 con la destilería, en 1923 con el molino de trigo (que se vende en 1934 a un político de Sogamoso) y en 1935 cierran la chocolatería (cuyos equipos son adquiridos por la Compañía Ítalo-Colombiana).



El último administrador, don Otoniel Espinosa, en su oficina de San José de Suaita. Fotografía de Javier Espinosa Acuña.

Pero en 1933 llega un nuevo director, de apenas 25 años de edad, el “barón” Christian du Rivau. Pretende revivir la fábrica, que se encuentra entonces en una situación económica desesperada.

Las cuentas de 1935 revelan una deuda que representa 1,78 veces el valor de los activos y 3,96 veces el valor de las ventas anuales. No hay ninguna posibilidad de satisfacer a los acreedores. Pero éstos parecen depositar una especial confianza en el barón Du Rivau y amén de no exigir pago alguno y permitirle reinvertir la utilidad industrial en la fábrica, llegan a volver a realizar de nuevo pequeños préstamos. Lo anterior se traduce en construcciones y varias compras de maquinaria: treinta telares automáticos se adquieren entre 1935 y 1936. La producción se incrementa para alcanzar un millón y medio de yardas. [Raymond, 2003]

Du Rivau elabora además un plan de inversiones y de mejoramiento de la planta física. Sueña con asociar capitales santandereanos a este ambicioso proceso.

*En julio de 1943, Du Rivau reúne en el Club del Comercio de Bucaramanga a los principales banqueros, comerciantes y empresarios de Santander para proponerles que inviertan en una nueva sociedad por crearse, una vez liquidada la SIFB, sobre la base de una “santandereanización” de su capital. Según el periódico bumangués *El Deber*, la intención era incrementar el número de telares de 140, en su mayoría anticuados, a 600, modernos. [Raymond, 2003]*

El regreso de los Caballero

Pero mientras Du Rivau soñaba, los Caballero habían empezado una ofensiva para recuperar la hacienda familiar y expulsar a los que consideraban usurpadores. En 1937, ante un juzgado del Socorro, Lucas Caballero “solicita la restitución de todos los inmuebles aportados a la Sociedad, con todos los frutos naturales y civiles que las fincas hayan podido producir, manejadas con la debi-



Repasadoras. Fotografía de Ana Teresa Guzmán Vargas.

da diligencia. También se demandó por perjuicios de la dolosa administración de los demandados” (Notaría 5.^a de Bogotá, escritura 2418 de 1944, folio 558). Así las cosas, “el proyecto definitivo de ensanche y mejoramiento de esta fábrica no pudo llevarse a cabo en el año de 1937 a causa de algunas divergencias surgidas entre los actuales accionistas de la SIFB” (periódico El Deber, Bucaramanga, 9 de septiembre de 1943).

Se desató una gran polémica nacional alrededor del caso. Un fallo del juez Guillermo Hansen, del Tribunal Superior de San Gil, anuló la resolución favorable a los Caballero emitida en el Socorro. Se habló de sobornos, de “renuncia y quebranto a la soberanía nacional” (Lucas Caballero en El Siglo, en 1938). El caso llegó hasta la Corte Suprema. Artículos apasionados fueron publicados en la prensa.

La personalidad misma de Christian du Rivau fue objeto de intensas polémicas:

Era un desenfadado play-boy que manejaba la fábrica a su acomodo. Ese tal barón Du Rivau era un hombre cínico, encantador y mujeriego, que derrochaba el dinero de San José a manos llenas y que había convertido la vieja casa de los Caballeros, remodelada por él, en un elegante refugio para sus bacanales. Los fines de semana, en su avioneta particular, que había salido del renglón de gastos de las fábricas, llegaba allí rodeado de una ruidosa corte de amigos tarambanas y de galantes amigas. [Lucas Caballero Calderón, 1982]

Finalmente, estas polémicas se sometieron al arbitraje de la Superintendencia de Sociedades Anónimas. Ésta nombró un árbitro, Félix García Ramírez, que, en un fallo inapelable del 19 de agosto de 1944, atribuyó contra toda expectativa la mayoría de acciones a los socios colombianos. Influencias políticas pudieron contribuir a una decisión algo sorprendente, aunque conforme a un sano nacionalismo económico. Se aterra Christian du Rivau del inesperado desenlace de estas aventuras: “No entiendo cómo los \$ 800.000 prestados con un plazo de treinta años al interés anual del 8% puedan convertirse, capital e intereses, en \$ 347.070 en acciones” (El Tiempo, 16 de noviembre de 1944).



Salida de los trabajadores. Fotografía de Ana Teresa Guzmán Vargas.

Los conflictos entre los Caballero y los López

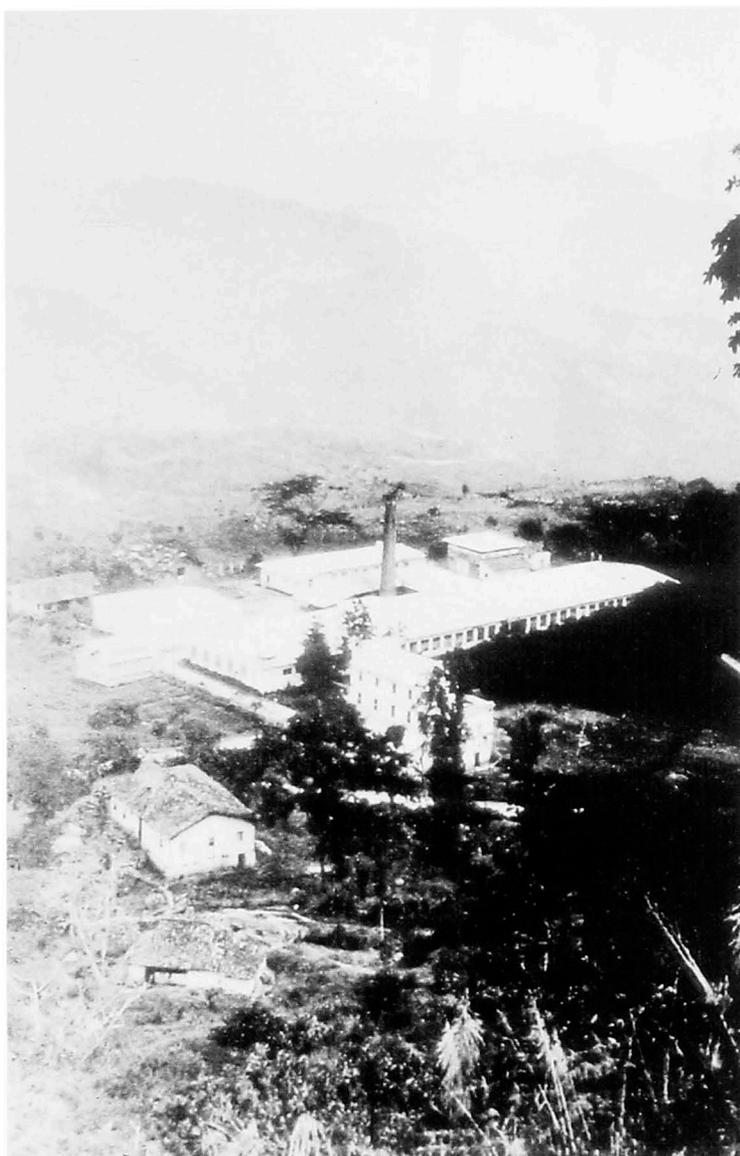
La polémica entre los Caballero y los europeos contribuyó a estancar la fábrica. Se puede decir que intereses egoístas suplantaron el interés social y de desarrollo regional, y lo mismo sucedió después del regreso de la fábrica a manos colombianas.

Una división se había manifestado antes del fallo arbitral de 1944 entre dos ramas de la familia Caballero. Du Rivau, para defenderse de Lucas Caballero, se alió con Alfonso López Michelsen, quien era yerno de uno de los fundadores de la fábrica, Julio Caballero Barrera. Se aprovecha el asunto de una deuda de Caballero Hermanos con Julio para crear una brecha en la unidad de la familia Caballero.

Una carta de Christian du Rivau a los banqueros europeos, incluida en la documentación del fallo arbitral y divulgada en la prensa en noviembre de 1944, reveló esta situación, desatando una gran polémica nacional. El entonces director general evoca lo que podrían ser los términos de un arbitraje que sería favorable a los intereses europeos:

Caballero Hermanos entregarán a la sociedad 2.425 acciones. Es evidente que ésta es una débil participación, pero es suficiente porque a Lucas Caballero aún lo debemos atraer contra nuestro fastidio. Será necesario buscar su eliminación definitiva. Éste es el plan que yo propongo: Alfonso López Michelsen, hijo del último presidente de la República, está casado con Cecilia Caballero Blanco, hija de Julio Caballero, miembro fallecido de Caballero Hermanos. [Lucas Caballero contrajo varias deudas con Julio, y una vez fallecido éste] aprovechó esta circunstancia para sustraerse a las obligaciones que había contraído con la familia de su hermano.

Pero Alfonso López M. puso fin a todas estas maniobras, llevando a Lucas Caballero de Tribunal en Tribunal; ha recibido poder de la casa Caballero Blanco Co. y ha pedido un embargo sobre las acciones de Caballero Hermanos depositadas en el Banco de Amberes. Se

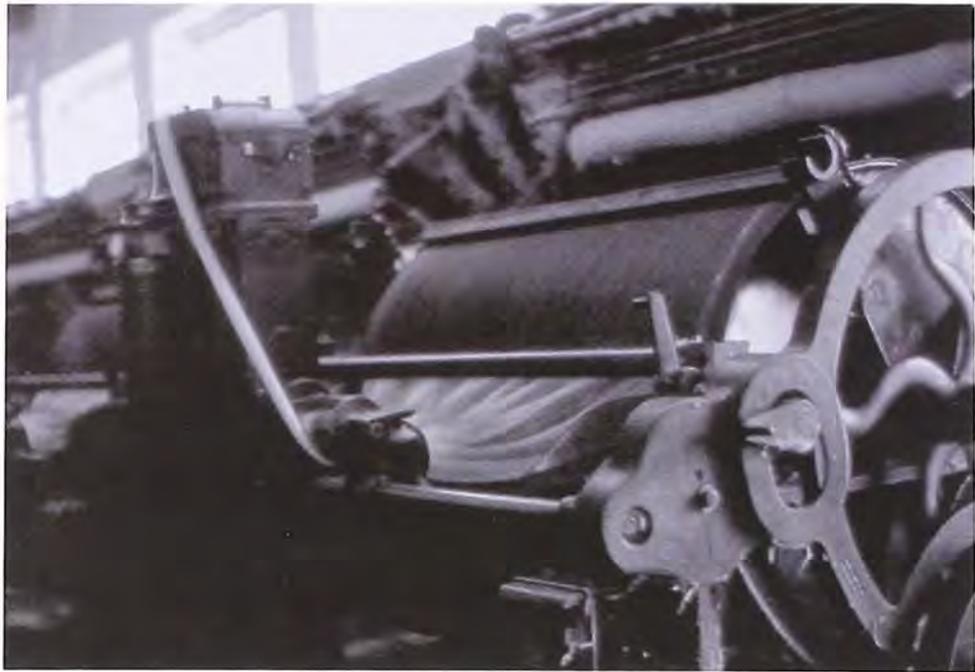


Vista general de las fábricas hacia 1941.

compromete a no iniciar aún un proceso del mismo género contra la Sociedad Franco-Belga y su padre el Presidente Alfonso López se encarga de poner toda su influencia para encontrar en un término corto el capital que nos hace falta para montar los telares. [Notaría 5.^a de Bogotá, escritura 2418 de 1944]

Lucas Caballero Calderón, el famoso Klim, hijo de Lucas Caballero Barrera, vituperó en *El Tiempo* “la repugnante y despreciable estatura moral del señor Du Rivau” y afirmó que, de confirmarse la autenticidad de la carta, Du Rivau debe ser expulsado del país. Junto con Eduardo Caballero Calderón y Enrique Caballero Escovar, escribe un violento manifiesto contra Alfonso López: *Rabo de paja*. Los Caballero lo acusan de haber sido desleal con su familia política y haberse aliado a los europeos para su provecho personal.

Esta polémica, unida a la reputación ya poco halagadora de la fábrica de no contar sino con equipos obsoletos, hizo que los intentos realizados de revivir los proyectos de ampliación y modernización de la fábrica en 1945 no encontrarán aceptación en el público capaz de aportar capitales frescos. Las pocas inversiones que se realizaron se financiaron, según afirmaron los nuevos dueños, “vendiendo las cinco haciendas que la sociedad poseía en Suaita” (7 de febrero de 1947, archivo de la fábrica).



Carda de San José de Suaita en funcionamiento. Fotografía de Ana Teresa Guzmán Vargas.

La suerte de la fábrica estaba echada. Perdió su última oportunidad de modernización en los primeros años de su colombianización. Su verdadero valor residía entonces en las tierras, puesto que la fábrica sufría de un atraso tecnológico extremo e insuperable.

EL DESARROLLO DEL POBLADO DE SAN JOSÉ DE SUAITA

Originalmente, no había en San José ningún poblado; solamente unas haciendas, herencia de César Caballero Echavarría, que pasaron a ser propiedad de la Sociedad Franco-Belga. En las fincas de la familia Caballero estaban asentadas familias de peones y vivientes: se aceptaba que tuvieran una vivienda precaria a cambio del pago de la “obligación” (trabajo gratuito en la hacienda) y del cultivo de una laboranza como aparceros. Parte de estas tierras eran bosques vírgenes (la meseta de San José y los montes de Yepo).

La fábrica atrajo mano de obra de muchas partes de Santander y Boyacá; primero para la construcción, y luego, para la operación de las fábricas de San José. Así se fue constituyendo poco a poco, en tierras de la hacienda de San José, el villorrio que hoy se conoce como el corregimiento de San José de Suaita. En 1918, “esta empresa tiene hoy en sus alrededores cerca de mil habitantes” (carta del 30 de agosto de 1918, archivo de la fábrica).

La Sociedad Industrial Franco-Belga mantenía un férreo control social, moral y político sobre los habitantes, en un claro atropello a sus derechos humanos. Se confunden en una misma entidad la hacienda, la fábrica y el pueblo. Los administradores de la sociedad se sienten investidos de una misión civilizadora. En el caso del alcoholismo, el director general explica que se ha propuesto “liberar nuestro personal del vicio de la embriaguez, que tantos males le causa a los obreros y al país en general” (30 de noviembre de 1919, archivo de la fábrica). Cuando estalla en la fábrica la huelga de julio de 1919, el líder Ciro Cavanzo resulta expulsado “de los predios de nuestra propiedad inmediatamente” (19 de julio de 1919, archivo de la fábrica). El gerente explica que



Etiqueta "Dril Comuneros", usada para marcar el tipo, tamaño y color de la tela.

las personas que han construido casitas aquí, lo hacen con materiales de nuestra pertenencia; les permitimos vivir en esas casitas mientras observan buena conducta y no necesitamos del terreno que tales casas ocupan, pero es condición esencial la de que el día en que falten a esa buena conducta y por ello nos veamos obligados a hacerlos desocupar, no tienen derecho a indemnización de ninguna clase, y por consiguiente, queden obligados a devolvernos el terreno dentro del término que les fijemos. [Carta del señor Vanderplasse al juez municipal de Suaita, 2 de agosto de 1919, archivo de la fábrica]

En 1923, para afianzar aún más su dominación sobre la región y su población, los directivos de la fábrica intentan independizar de Suaita el poblado de San José, volviéndolo municipio, pero esta iniciativa fracasa. En 1924, se crea el corregimiento de San José.

Después de la huelga de 1947, la fábrica sigue las recomendaciones del tribunal de arbitramento: "Recomiéndase la parcelación de los terrenos que forman el caserío de San José de Suaita, teniendo como base liquidaciones parciales de cesantías en los términos de la Ley" (2 de febrero de 1947). En junio de 1950 se parcelan los terrenos del poblado. Entonces, el pueblo de San José de Suaita se independiza definitivamente de la fábrica. Pero su suerte y su bienestar siguen atados al destino de la textilera.



Vista general actual de las ruinas del edificio del molino de trigo. Fotografía de Gilberto Andrés Pérez R.

VIDA Y LUCHAS OBRERAS EN LAS FÁBRICAS DE SAN JOSÉ DE SUAITA

Los primeros años

El estilo de mando, autoritario, tanto de los franco-belgas como de sus socios colombianos, llevó muy pronto a rudos enfrentamientos con la mano de obra contratada. Se trata de una mano de obra esencialmente rural. La fábrica tiene dificultades para conseguir operarios calificados. Originalmente y en continuidad con la dominación que tradicionalmente ejercían los hacendados sobre sus peones, esta mano de obra se describe como dócil: “El personal autóctono de nuestras fábricas y especialmente nuestros pequeños jefes nos están muy apegados y llevan el celo y la dedicación a un punto que le parecería inconcebible” (carta del director general a Lionel Hageners, 22 de noviembre de 1922, archivo de la fábrica).

Tienen típicos problemas de obreros de origen rural: “Les cuesta acostumbrarse a la disciplina industrial. No vacilan en ausentarse para atender una urgencia en la parcela. Se muestran reacios al trabajo nocturno. Ha sido necesario buscar “la manera de que a ellos les queden algunas horas libres al día para vigilar sus cultivos” (archivo de la fábrica, 30 de marzo de 1939). Todavía en 1943, el director comenta que “la población a pesar del ya largo tiempo de establecimiento de las fábricas, no se ha cambiado del aspecto y modalidades campesinas, ya que el personal obrero ha seguido y seguirá con su afecto a las labores agrícolas” (22 de noviembre de 1943). Hasta el final de la existencia de la fábrica se encuentran casos de ausencias para trabajar en actividades agrícolas: “en 1947 se descubre que un trabajador que llevaba 29 días de incapacidad médica estaba trabajando en una molienda (archivo de la fábrica, 26 de junio de 1947)” (Raymond, 2003).

Estallan muchas huelgas: “La primera se presenta en 1914: ‘En esta época los obreros de construcción de La Cómoda se negaban a trabajar porque llevaban varias semanas sin recibir sueldo’ (4 de octubre de 1915, archivo de la fábrica). En 1916



Ruinas de los primeros edificios de la fábrica. Fotografía de Gilberto Andrés Pérez R.

se registra la primera huelga de los obreros de producción: exigen que los sistemas de pago se ajusten a los que ofrece Samacá y que estiman ser más favorables (13 de octubre de 1916, archivo de la fábrica). En 1919, dieciséis obreros de los talleres suspenden el trabajo por ‘haber negado nosotros una solicitud que hicieron algunos obreros en el sentido de que cambiáramos el día de pago por el domingo’ (9 de julio de 1919). En 1924 se presenta otro movimiento ‘por lo mal remunerados que están’ los trabajadores; ‘trabajan trece horas diarias’ (El Tiempo, 21 de agosto de 1924)” (Raymond, 2003).

La organización sindical aparece y se desarrolla

En 1934 se menciona la existencia de un sindicato, favorable a los patronos de la Sociedad Industrial Franco-Belga, dominado por los empleados y el personal de mando. Esta organización no se registra oficialmente. En la misma época aparece un “Centro Obrero” que fomenta, en términos del director, “un espíritu de rebelión o indisciplina, desobediencia a los jefes” (15 de marzo de 1934, archivo de la fábrica). La organización patronal pudo haberse constituido para contrarrestar la influencia del misterioso “Centro Obrero”.

En 1935, los archivos de la fábrica reseñan treinta y cinco despidos, todos motivados por “participar en movimientos subversivos en la tarde del 30 de agosto pasado y en la mañana del 31 del mismo mes” (6 de septiembre de 1935, archivo de la fábrica). Al parecer, se trató de un problema entre un empleado (conservador) y obreros (liberales), en el cual se disimuló un enfrentamiento laboral mostrándolo como un conflicto partidista.

El 15 de noviembre de 1943 se concede la personería jurídica (n.º 145, Diario Oficial 25.428 del 23 de diciembre de 1943) al Sindicato de Empleados y Obreros de las Fábricas de Hilados y Tejidos de San José de Suaita. Éste había sido creado formalmente el 13 de marzo de 1940 por los directivos de la fábrica, como continuación de la organización de 1934. El diputado Latorre lo acusa en 1944 de ser “fachista, nazista o falangista”. Su proclamación es reveladora de su orientación:



Vista general fachada Museo del Algodón y Fábricas de San José de Suaita. Fotografía de Gilberto Andrés Pérez R.

El Sindicato de empleados y obreros de las Fábricas de San José de Suaita presenta un atento saludo al digno gerente de la Sociedad Industrial Franco-Belga, señor Christian du Rivau, y se complace en manifestarle que esta organización de sus trabajadores aspira a ser un elemento de conciliación permanente, cooperando con lealtad al mantenimiento de las buenas relaciones entre el personal de trabajadores y la Empresa. [13 de marzo de 1940, archivo de la fábrica]

Esta solución no satisface a los trabajadores, los cuales no se identifican con esta organización. Más adelante, este sindicato se transformará en un sindicato propiamente obrero. Se afilia a la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), acorde con la tradición liberal de la población. Para contrarrestar esta evolución, la empresa creará un nuevo sindicato patronal, la Unión de Trabajadores de la Fábrica (UTF).

Desde la huelga de 1947 hasta la quiebra

El 30 de octubre de 1946, el sindicato, ahora dominado por su componente obrero, presenta un pliego de peticiones. Exige el reintegro de veintiún activistas sindicales y especialmente de los dirigentes Dionisio Suárez y Lino Corzo, despedidos con el fin de dismantelar el sindicato. Opina un ex empleado: “Se cometió un error en las relaciones laborales con los trabajadores. Se adujo que se había producido un robo de hilaza pero no era cierto. Era una persecución sindical, esto fue el origen de la huelga” (Entrevista, 2000).

El primer punto del pliego de peticiones era: “Reintegro de los compañeros Dionisio Amado Suárez, Lino Corzo Aranda y demás trabajadores despedidos a partir del mes de agosto de 1945”. Luego venían las demás reivindicaciones: “Aumento de los salarios. Tratamiento médico, hospitalario y quirúrgico y haciendo extensivo este servicio hasta los familiares de los trabajadores, etc.”.

La doble organización sindical entró entonces a dividir a los trabajadores, como lo indica el siguiente documento: “Atentamente permítome informarle hoy 11:00

sindicato obrero declaró huelga produciéndose paro total de las actividades el personal obrero compuesto 245 unidades, y 60 que querían continuar su trabajo” (telegrama del jefe de fábrica al gerente, 21 de enero de 1947, archivo de la fábrica).

La huelga, en un contexto de crecientes tensiones partidistas, tuvo el apoyo de los gaitanistas y, de manera más ambigua, de sectores del liberalismo. El gobierno nacional, por su parte, mandó a la policía y al ejército. La prensa gaitanista acusa a la policía de parcialización con los patronos:

El gobierno nacional, en cambio de buscarle solución favorable al problema, ha enviado a San José de Suaita a un grupo de policía nacional al mando de un teniente patronal, quien obedeciendo consignas especiales del gerente de la empresa, en la noche de los trece de los corrientes atropelló en forma cruel y despiadada a los trabajadores huelguistas, resultando de este atropello varios heridos, entre otros la presidenta del sindicato. [Diario Jornada, 14 de marzo de 1947]

Grupos de obreros ferroviarios prestaron apoyo; relata un trabajador: “El teniente Pinto se colocó en la portería con la tropa, con cuarenta soldados, instaló un fusil ametrallador para asustarnos. Que si no desocupábamos nos mataba. Nos insultaba, y ofendía la huelga, pero no cedimos, teníamos el apoyo de los ferroviarios que trabajaban en la prolongación del ferrocarril. Ellos tenían buen armamento, hasta granadas tenían” (entrevista, 1999).

Después de una de las más largas huelgas que haya conocido el país (del 21 de enero hasta el 14 de abril, es decir 83 días), la empresa cede sobre todos los puntos del pliego, excepto el del reintegro de los dos dirigentes. Según las entrevistas realizadas, se llegó a un acuerdo secreto con ellos. La empresa estimaba que la autoridad se habría seriamente debilitado al reintegrarlos.

LOS TRABAJADORES Y LOS PENSIONADOS FRENTE A LA QUIEBRA

La Fábrica de Hilados y Tejidos de San José de Suaita llevó una existencia vegetativa entre mediados del siglo xx y su quiebra a comienzos de los años ochenta. La falta de capitales frescos no permitía inversiones modernizadoras. La maquinaria, anticuada, en mal estado, se dañaba con frecuencia y no permitía rendimientos acordes con la época. Los productos ya no correspondían a las exigencias del mercado.

Así, a finales de 1980, según el acta 657 de la junta directiva, hay “una situación de crisis”; se presentan “salarios atrasados”, un elevado pasivo pensional, además de otras deudas. Los dueños de la fábrica presentan en este momento su preocupación por la fábrica como una prueba de su generosidad hacia sus trabajadores: “En realidad la empresa se mantiene como una fundación, más con criterio social que comercial, pues somos concientes de que son muchas las familias que dependen de esa industria” (Juan Manuel López Caballero en *El Espectador*, 13 de agosto de 1981). El verdadero motivo de esta postura es que los dueños no saben como salirse del atolladero de unas deudas que les pueden hacer perder lo que más valor tiene: las tierras de San José. En el fondo no les importa la fábrica como tal. Menos aún sus trabajadores.



Acción de la fábrica de San José de Suaita S. A.

Se firma una carta de intención el 30 de enero de 1981 entre la empresa, los trabajadores y pensionados. Ésta atrasó y enredó el pago de las deudas laborales. Es importante recordar que hacía ya varios años no se pagaban sus mesadas a los pensionados, algunos de los cuales vivían situaciones de miseria, intolerables después de toda una vida al servicio de la empresa.

Una nueva polémica nacional se presenta, recordando la de los años 1944-1945, como lo muestran estas frases de Klim cuestionando

la insólita Carta de Intención que Juan Manuel López Caballero, accionista mayoritario y representante de las Fábricas firmó con el actual Gobierno para obtener, con su ayuda y patrocinio, una financiación para una empresa endeudada, insolvente y tramposa. Se pregunta cómo pudo ser que este gobierno resulte ahora como consocio, mecenas y alcahueta de una fábrica quebrada debido a la ineptitud y al cinismo de sus directores. [El Espectador, 22 de abril de 1981]

Todas estas maniobras tienen el fin de evadir el remate de la fábrica y de las tierras, única forma de pagar las pensiones de los jubilados actuales y futuros. Se induce a los desesperados interesados a presentar su renuncia y “se inició entonces el más increíble caso de liquidación de trabajadores. A ninguno le reconocieron la pensión de jubilación, no obstante llevar veinte y más años de trabajo en la fábrica” (El Espectador, 11 de febrero de 1982). Relata un trabajador entrevistado por el periódico de la Pastoral Social de San Gil: “Nos pagaron con carros, camas, colchones, yeguas viejas, madera, estufas, telas y nos dieron letras de cambio que serían canceladas en 120 días con intereses; de eso hace 28 meses. Así la empresa, además de botarnos a la calle, se deshizo de los cachivaches que tenía” (José Antonio, San Gil, edición de noviembre de 1983).

Finalmente se llegó al remate de los bienes de la empresa, única solución sensata para que los pensionados y ex trabajadores recibieran alguna compensación. Pero ésta se dilató tanto que fueron pocos los afectados que lograron recibir algo, trece años después del cierre de la fábrica. Más de uno ya había muerto en la miseria.



Vista general actual de las ruinas de las fábricas de San José de Suaita. Fotografía de Gilberto Andrés Pérez R.

CONCLUSIONES: CAUSAS DEL FRACASO DE LA FÁBRICA DE HILADOS Y TEJIDOS DE SAN JOSÉ DE SUAITA

El sueño de Lucas Caballero carecía de realismo. Uno con razón puede admirar el hecho de que este rico hacendado haya querido traer desarrollo a su patria chica; que haya arriesgado su fortuna en este proyecto; que haya concebido un complejo agroindustrial que utilizara o fomentara recursos regionales.

Enceguecido por su proyecto, Lucas Caballero no prestó suficiente atención a los obstáculos que se presentaban, tales como el estado de las vías de comunicación, la escasez o ausencia de las materias primas necesarias y la falta de mano de obra calificada.

Se compraron desde un principio equipos de segunda, considerando que los bajos sueldos compensarían la menor productividad, lo cual resultó falso, en una época de rápidas transformaciones tecnológicas. Escribe Lucas Caballero al respecto que “la maquinaria consiste únicamente en telares empleados hace quince o veinte años en las fábricas belgas. Estas máquinas que son en realidad muy sencillas y en razón de su misma sencillez, producen con la misma mano de obra alrededor de un 8% menos que las telares empleados actualmente en Bélgica y en Inglaterra” (24 de noviembre de 1912, archivo de la fábrica). Así las cosas, la fábrica inicia su existencia con una marcada obsolescencia, con que arrastrará hasta su muerte. Vale observar que los inversionistas europeos incurrieron en los mismos errores, cuando retomaron las riendas de la empresa.

Otra causa de fracaso se encuentra en las constantes peleas entre los diferentes inversionistas. En varias oportunidades, importantes decisiones no se pudieron tomar por esta situación de crisis permanente de la empresa. Tal fue el caso entre europeos y colombianos: Christian du Rivau pretende modernizar la fábrica, precisamente cuando Lucas Caballero intenta recuperar sus bienes. Tal volvió a ser el caso cuando en 1945 los socios colombianos entran en conflicto:

la rivalidad entre los Caballero Blanco y López Michelsen de un lado y las demás ramas de la familia Caballero del otro, imposibilitó un nuevo intento de modernización.

Los intereses particulares y los mezquinos odios de familia tuvieron más peso que el progreso y el porvenir de toda una región, y el sueño de reconciliación nacional de Lucas Caballero no pudo realizarse ni siquiera dentro del marco de su propia familia.

BIBLIOGRAFÍA

CABALLERO BARRERA, Lucas, *Bancarrota nacional*, Bogotá, Imprenta de La Crónica, 1899.

—, “Declaración, asuntos de Muzo”, París (Francia), 1910.

—, “La organización colombiana a la luz de la sociología”, en *Revista Jurídica*, año XII, núms. 123-124, Bogotá, noviembre-diciembre de 1920.

CABALLERO CALDERÓN, Eduardo, *Memorias infantiles*, Medellín, Bedout, 1964.

CABALLERO CALDERÓN, Lucas (Klim): *Memorias de un amnésico*, Bogotá, El Áncora, 1982.

CABALLERO HERMANOS, *Demanda y alegatos de conclusión de Caballero Hermanos en el juicio promovido por ellos contra los señores Pinto, Leite and Nephews y Lionel Hageners and Company*, Bogotá, Casa editorial de Arboleda y Valencia, 1918.

CASTELLANOS, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, 1570.

GALÁN GÓMEZ, Mario, *Geografía económica de Santander* (tomo VIII de la *Geografía económica de Colombia*), Bogotá, Contraloría General de la República, Imprenta Nacional, 1947.

GÓMEZ PARRA, Aurelio, “Biografía del general y doctor Lucas Caballero”, en *Estudio*, núm. 250, Bucaramanga.

GONZÁLEZ, Florentino, *Memoria de hacienda*, 1848.

MOLLIEN, Gaspard Théodore, *Viaje por la república de Colombia en 1823*, París, A. Bertrand, 1824. (Referencia a edición de 1944, Bogotá, Imprenta Nacional).

PEARSE, Arno S., *Colombia, with Special Reference to Cotton*, Londres (Reino Unido), J. Bale, Sons and Danielsson, 1926.

RAYMOND, Pierre; BAYONA, Beatriz, *Vida y muerte del algodón y los tejidos santandereanos*, Bogotá, Universidad Javeriana (reedición ampliada en 1987, Bogotá, Ecoe).

RAYMOND, Pierre, *Hacienda tradicional y aparcería*, Bucaramanga, UIS, 1997.

—, “De la utopía a la agonía: historia del fracaso de una inversión industrial pionera en Santander (1907-1980)”, en Carlos Dávila L. de Guevara, (comp.), *Empresas y empresarios en la historia de Colombia, siglos XIX-XX*, Bogotá, Cepal, Editorial Norma, Ediciones Uniandes, Facultad de Administración de la Universidad de los Andes, 2003.

RESTREPO HERNÁNDEZ, Julián, *Alegato de conclusión en el juicio ordinario de Caballero Hermanos contra Pinto, Leite and Nephews y Lionel Hageners and Company*, Bogotá, Casa editorial de Arboleda y Valencia, 1918.

SAMPER, Miguel, *La protección*, Bogotá, 1880.

VALDERRAMA BENÍTEZ, Ernesto, *El desarrollo económico de Santander, Bucaramanga*, Imprenta Departamental, 1931.

VARGAS, Pedro Fermín de (c 1800), *Pensamientos políticos y memoria sobre la población del Nuevo Reino de Granada* (edición de 1944, Bogotá, Imprenta Nacional).

FUENTES

Archivo de la fábrica de San José de Suaita.

Archivo General de la Nación (Notarías segunda y quinta).

Gaceta Judicial.

Informe del ministro de Hacienda, 1916, Bogotá.

Memorias del ministro de Obras Públicas, varios años, Bogotá.

Prensa (El Tiempo, El Espectador, El Siglo, El Deber, El Liberal, Jornada).